na ha alivianado el esfuerzo muscular y hace, por eso, posible el trabajo de obreros más débiles físicamente: las mujeres y los niños. Pero ha aumentado el trabajo intelectual. La máquina tiene un ritmo, es decir, un movimiento o una serie de movimientos constantemente iguales, que se realizan siempre en el mismo número y en determinado espacio de tiempo. El obrero tiene que seguir ese ritmo, adaptando a él sus músculos y sus centros nerviosos. Y aun cuando la tarea sea poco pesada desde el punto de vista muscular o inferior, exige atención constante y el trabajo puede hacerse, por eso, intenso. En la industria, el ritmo tiende siempre a acelerarse, y con él la tensión de la inteligencia, de la vista, de la voluntad. Los ruidos y las trepidaciones, tan frecuentes en los talleres o fábricas, sobreexcitan los nervios acústicos y sacuden constantemente los centro nerviosos. Otras veces la tarea exige poco esfuerzo muscular y poca tensión mental, y es mala precisamente por eso: genera, por la pobreza de asociaciones de ideas, ese estado de depresión moral y vacío intelectual que designamos con el nombre de tedio.

La fatiga está también directamente vinculada al ambiente o medio en que el trabajo se produce. Si éste tiene lugar en un sitio en que la ventilación no es amplia y eficaz, y el aire está viciado con las emanaciones de gases y vapores, la fatiga sobreviene mucho más rápidamente y tarda más en desaparecer. Para apreciar la acción de este factor, basta recordar que la eliminación y oxidación de las toxinas las realizan muchos obreros, durante el reposo o sueño, en piezas pobres de oxígeno, en las cuales duermen cinco, seis o más personas y en las que, a menudo, se trabaja de día en las labores que explotan las grandes tiendas y roperías.

Un régimen alimenticio insuficiente, el consumo de alcohol —más intenso entre los trabajadores que viven peor— y la vivienda estrecha y mal ventilada son otros tantos elementos que concurren a hacer más fatigante un trabajo.

Y está, por fin, la duración de la jornada, sobre la cual se refleja la influencia de todos los factores enumerados. Pero aun en las condiciones de trabajo hay para medirla cierto límite marcado por la experiencia común, más allá del cual la intensidad y eficacia del esfuerzo decaen visiblemente. Los obreros de todas partes, a pesar de las diferencias de clima, lo han sentido con bastante generalidad, casi instintivamente, y esa experiencia hace que puedan establecerse, según Bunge, las siguientes conclusiones prácticas:

"Una jornada de más de 10 horas sobrepasa seguramente el límite extremo al cual puede llegar la fuerza de resistencia del hombre normal. Es posible y hasta probable que una jornada de 9 horas sea ya excesiva, a no ser que se trate de tareas livianas y ejecutadas en un ambiente favorable. Hay un gran número de industrias que exigen un límite máximo de ocho horas y también menos. En las mujeres conviene reducir esos límites en un diez por ciento, y en los jóvenes, la jornada de ocho horas debe considerarse siempre el término extremo."

2o.—La cuestión tiene, además, un aspecto social. La jornada normal y humana de trabajo se impone no solamente por razones orgánicas que acabamos de resumir en apretada síntesis, sino también por otras que en el moderno movimiento obrero y socialista son cada vez más imperiosas y decisivas. La normal no sólo evita el empobrecimiento orgánico de los trabajadores y de sus descendientes, sino que permite el cultivo y desarrollo de otras actividades superiores, morales e intelectuales, que son indispensables si quieren aspirar a su elevación y emancipación económica y social. La asociación y la cultura son los signos distintivos de esta gran obra colectiva que sacude el mundo de hoy y lo transforma, preparando una más alta conciencia humana. Para elevarse han menester los hombres de trabajo que los ilumine una chispa, al menos, de las nuevas verdades. Esa adquisición tiene que ser consciente e intencionalmente querida, y requiere, como es natural, el tiempo y los medios necesarios.

3o.—El capitalismo, en los primeros períodos de su desarrollo, alargó todo lo que pudo la jornada de trabajo. Sus ganancias salían entonces de la explotación rutinaria del elemento humano; el progreso técnico-económico no era espoleado como hoy por la resistencia obrera en sus crecientes aspiraciones de elevación. El efecto de esas largas jornadas era terrible y está expuesto en las copiosas notas, tomadas de los documentos oficiales, que esmaltan el libro en que Marx estudió el origen y desarrollo del capitalismo.